

La LEYENDA DEL IRLANDÉS

"Se ha muerto. "

Conducía con las manos ateridas, pegado al volante intentando no correr, buscando en cada curva su izquierda para no irse al otro lado, casi rozando el verde de cada seto, de cada árbol, masticando la resaca del sábado para llegar fresco hasta Kinsale. Y la frase le venía sola cada cierto tiempo, como si alguien le hubiera marcado un ritmo: "Ha muerto tu abuelo. " Por más que buscaba en la memoria lo único que encontraba era un hombre corpulento, rojizo de pelo y cara; y por más que indagaba en los recovecos de su cabeza resacosa la imagen que veía era una guines negra que su abuelo le ofrecía entre las risas de la gente. Eso fue en su Primera Comunión, luego su padre se lo recordaría en cada reunión familiar:" Tu abuelo fue el que te envió. "

Lo había despertado el teléfono sobre las cuatro, creyó que había estado durmiendo una eternidad y la frase le sonó falsa: "Ha muerto tu abuelo. " Luego tomando un té con aspirina tuvo que hacer un grande esfuerzo para situarse. Se ha muerto mi abuelo. El de Kinsale, el padre de mi padre, y el único abuelo que tengo. Y la que ha llamado es mi abuela Joanne. Y ayer era sábado, es sábado, y yo estaba en el Red Oak y ahora estaba bebiendo y celebraba el partido de hurling. Y mañana, bueno hoy, vamos a la fiesta del final de la liga. Y entonces mi abuela, la de Kinsale, que es la única, llama y dice que se ha muerto. O sea que ya no hay fiesta y tengo que ir a Kinsale para lo del abuelo. Joder. Qué mala suerte.

La verdad era muy simple. Su rutina de fin de semana se acababa de romper porque su abuelo había decidido morirse. Y eso en la Irlanda católica era un asunto engorroso. Había que organizar un montón de cosas, estar con toda la familia que no había visto en mucho tiempo, asistir a misa, funeral, papeleo, perderse la fiesta del campeonato del hurlin, dejar a sus amigos de Killmallock, y todo por un viejo chocho que lo único que había hecho en toda su vida era inculcarle lo bueno que era una guines y un odio ancestral hacia los ingleses, culpables de todos los males irlandeses desde los tiempos romanos. En fin. Esperaba que el asunto no se alargara demasiado. Siguió serpenteando ente la neblina mientras parpadeaba despegándose la borrachera, y cuando vio la catedral gris de Kinsale dio gracias a la guines por haber llegado entero.

Cinco días después, con el mismo pegajoso aliento de otra noche en el Red Oak, recibía la bofetada del aire caliente a 34o, 60 por ciento de humedad y cielo despejado según el comandante del chárter que lo había llevado a Málaga desde Dublín. Por muchas vueltas que le daba no llegaba a entender por qué razón, él, Patrick O'Neill, había cedido a las presiones de su abuela y se había embarcado en ese estúpido vuelo cargado de catetos turistas con camisas floreadas y niños chillones vestidos de playa hasta un sitio tan árido. No entendía por qué miles de sus compatriotas gastaban los ahorros en semejante desorden de taxis, autobuses, pitos de conductores maleducados y calor desagradable. Y menos aún qué hacía un O'Neill con jersey de lana, resaca y unos escritos de viejo irlandés en el bolsillo, discutiendo con un conductor chillón que lo llevara a Juanal, Juaná, Xaná o cómo diablos se pronunciara el nombre que llevaba escrito en un papelito arrugado con letra antigua de su abuela Joanne.

- Zeven zausan, míster, a Benalmádena. Tu zausan Torremolinos, con las tres eses: de sangría, sun y sex. Y nain zausan Marbella, la jetset y los moros de arcurnia.
- Mi, querer este nombre: Joaannal.
- OK, míster, Juanes hay aquí más que huelgas de iberia, te voy a llevar a donde van tus colegas y te va a enterá tú lo que es una semana en la Costa del Sol. Te va ir más colarao que el traje de Manolete. Se despertó en la terraza de un hotel con el ruido del móvil, otra vez su abuela. Respondió como pudo mientras miraba el mar, nunca había visto tanto azul claro, tanta luz. Cuando su abuela colgó se asomó al balcón e intentó ubicarse. Entonces tuvo conciencia de que estaba muy lejos de su húmedo Killmallock, y de que no había venido a España como simple turista. Su abuelo dejaba una gran herencia, pero para cobrarla había que llevar a cabo una tarea. Y él era el elegido.

El anciano Patrick O'Neill era famoso en Kinsale, además de por sus borracheras, por haber sobrevivido a la tormenta que en febrero de 1958 casi acaba con las vidas de los 48 marineros ingleses en el carguero Four Seasons. Y una historia tan bonita merecía ser contada en el calor del pub, cosa que el viejo hacía cada vez que alguien le tiraba de la lengua. Los parroquianos se preparaban a escuchar con las jarras llenas, los cigarros liados, y entonces el marinero O'Neill narraba:

"Habíamos cruzado el Estrecho para enfilar Cartagena donde teníamos que descargar trigo y carne irlandesa para el pueblo español, además de leche en polvo, mantequilla, y otros muchos alimentos que los pobres españoles no tenían. Navegábamos por una mar celeste y alegre donde los delfines nos saltaban acompañando nuestra singladura. A un lado se veían las cumbres nevadas del Africa negra y al otro los pueblos blancos de lo que en España llaman Andalucía. Pueblos alegres cargados de canciones con guitarras y llantos. Olores y colores que nunca se vieron por estos pueblos grises. Los días eran largos como la espuma de la cerveza negra. Por cierto," decía siempre el viejo Patrick cuando llegaba a este punto de la narración. "necesito otra guines." Y nunca faltaba quien deseoso de escuchar esas historias de los mares lejanos pagaba otra ronda. "Pues estaba yo una noche fumando sobre la amura de babor, divisando las lucecitas costeras cuando se levantó un viento caliente y putisanto."

- ¿Qué significa putisanto?- preguntó el tabernero, que aunque conocía la aventura siempre se sorprendía de un nuevo detalle.
- No interrumpas, y llena - contestaban los escuchadores.

"Le dije al capitán que aquello era viento del diablo, pero el marrano inglés se atusaba la barba y maldecía con pestoso aliento de cerveza británica. Al rato había olas que saltarían los acantilados de Moher, allí donde el cochino Cronwell arrinconó a nuestros antepasados gaélicos que no quisieron quitarse la O del apellido. ¡Como mi tatarabuelo O'Neill! que nunca aceptó la limosna de la sopa boba inglesa, orgullo que no todos pueden lucir en este momento, ¿verdad pequeño Connors?" Acusaba el viejo señalando a la esquina, donde bebía el carnicero. Entonces empezaba un conato de pelea, entre los que se enorgullecían de llevar la O irlandesa delante del apellido, o aquellos que la habían perdido en tiempos de la hambruna de 1845, cuando era condición indispensable renunciar a ella para tener derecho al subsidio inglés. Nunca se llegaba a las manos y todo se arreglaba con otra ronda para que el rechoncho O'Neill siguiera relatando su historia, de las pocas que conocían fuera de allí porque la mayoría de los que se fueron de Kinsale y de toda la isla verde, nunca volvió.

"Pues, como os contaba, hasta el cochino inglés vomitaba en su cámara. Un rayo iluminó el fin del mundo y rompió las comunicaciones, el grumete lloraba y cada uno empezó a rezar, que cuando llega el día hasta los invasores se vuelven católicos. Saltaban las olas por la cubierta y la carga se descompensó. La espuma del viento golpeaba por estribor y babor como cuando se sirve una cerveza con prisa. Y en la oscura noche no aparecían estrellas que nos guiaran. El capitán, y aunque gorrino inglés, no se amilanó. Ordenó proa al oleaje y pidió oración. Pero la tormenta no amainaba. Solos, en una mar embravecida, que según yo pedía venganza por tanto pirata inglés del pasado, estábamos como aquella Santa Armada del rey Católico Fernando VI: ¡Luchando contra los elementos! Casi al amanecer el capitán nos reunió en el comedor, el barco no aguantaría, los instrumentos de navegación no funcionaban, era imposible orientarse y si no llegábamos pronto a puerto la escora hundiría el carguero. Ahí salió el auténtico sentimiento irlandés de los O'Neill. Mientras los llantos y gritos desesperados llenaban la sala me dije que si habíamos sobrevivido por siglos a los invasores no iba a acabar con la barriga llena de agua salada rodeado de ingleses. Si tenía que morir lucharía aunque fuese por la última cerveza que me bebiera. Salí al puente en medio de la tempestad y cogí los prismáticos. El agua golpeaba sin descanso y yo mismo me amarré para no caer. Débil, mojado, con ráfagas de agua como cañones soñé con los verdes campos que rodean nuestro pueblo. Desfallecía, iba ya a dejarme arrastrar por mi destino, ¡y entonces la vi! Estaba sola. Sobre todas las nubes y todas las olas. Y grité, grité desde el otro mundo: ¡tierra!, ¡tierra! El pico más redondo que nunca se ha visto. Con un brillo sobre la tempestad como no lo hay en toda Irlanda. Entonces el capitán enderezó el rumbo hacia ese gigante. Y yo juré contra la tormenta, por todos nuestros antepasados celtas, que si nos salvábamos subiría a esa montaña para poner una cruz".

Cuando el viejo O'Neill llegaba a este punto se llenaban las jarras, unos le golpeaban el hombro, otros cascarrabiaban al carnicero, y los más se retiraban de aquel irlandés con la O, que había viajado hasta la lejana España y había regresado a su pequeño pueblo para contarlo. Él, sacaba para rematar, la antigua foto que lo demostraba. Una copia en ajado blanconegro donde aparecía un grupo de personas, con una cruz cristiana en metal, hueca por los cuatro brazos (para que pesara menos), con la leyenda: "Tres de mayo, subida de la Cruz Juaná, foto González". Publicada por el doctor Maíz Viñals en su libro "Guía de la ciudad de Marbella", y donde semiescondido, el sexto por la izquierda, se ve a un joven Patrick O'Neill orgulloso de haber cumplido su promesa por haberse salvado del naufragio, y por haber sido el primero junto a otros marbelleros en llevar la famosa Cruz de Juanar al monte que corona Marbella. Todos en Kinsale conocían la foto y la historia, incluso alguno que estuvo de vacaciones por la costa confirmó que, efectivamente, la historia era cierta y que esa Cruz existía. Todo el pueblo sentía simpatía por ese grupo de españoles que ayudó al Four Seasons en su naufragio, y que apoyó su idea, católica como ellos, de llevar el símbolo cristiano a un lugar tan agreste. Tan orgullosos se sintieron cuando regresó sano y salvo a su pueblo que el sacerdote celebró una misa en honor del pueblo marbellí. Y más tarde, con aportaciones de todos, el herrero O'Connell forjó una copia basándose en la foto. Esa es la razón por que existe una Cruz idéntica a la de Juanar en el sur de Irlanda, sobre la colina más alta, en la carretera de Cork.

El joven O'Neill se conocía la batallita del naufragio de memoria, y también sentía el orgullo familiar, especialmente cuando aquello de dejar a los ingleses llorando mientras su abuelo se envalentonaba contra la tormenta. Lo que no entendió fue por qué lo reunieron cuando acabó todo el funeral y rodeado de miradas lo obligaron a leer la carta que su abuelo había dejado. Entre la resaca, el ambiente cargado y tanta familia no se encontraba muy

despierto como para pensar con claridad. Tuvo que leer la carta varias veces antes de comprender que todos esperaban algo de él: Tenía que cumplir una misión. La promesa que su abuelo nunca llegó a cumplir y que ahora dejaba avergonzada a toda la saga de los O'Neill. Tenía que ir a España, y subir en peregrinación al monte llamado Juanar, frente a las costas de Marruecos, aquél que salvó al Four Seasons del naufragio. Y mientras no lo hiciera el alma de sus muertos no descansaría. Además no cobrarían la herencia porque así lo había dispuesto el anciano Patrick ante el cura y ante el notario, sabedor de que dicha condición era el seguro de su descanso eterno.

"Querido nieto, soy un mentiroso. Siento más la vergüenza de la familia que mi deshonor, pero no quería hacer daño a tu abuela. Siempre creí que era una tontería, pero cuando murieron tus tíos en la Playa Negra, justo en el Spanish Point por aquel oleaje traidor, supe que nunca podría vivir en paz. Después la cobardía y el dolor de tu abuela me cegaron. La gente me creyó en el pueblo y nunca fui capaz de contar la verdad. Nunca subí a esa montaña. Nunca crucé el estrecho y nunca hubo esa tormenta. Ahora sé que hay una relación entre mi mentira y la muerte de tus tres tíos, es mucha casualidad el nombre. Tienes que hacerlo, si no, todas las almas de los O'Neill vagarán sin descanso entre el oleaje de Dios. Ve a España, busca ese monte que sí existe, y reza en la Cruz que una vez, de verdad, salvó a otros marinos."

" Lo que pasó fue que atracamos en Gibraltar para llevar provisiones a la colonia inglesa, teníamos un permiso de tres días mientras se descargaba la mercancía y se llenaba combustible para cruzar el Atlántico. Una noche conocí a una gente que no era de la roca. Me pidieron tabaco y les di un paquete entero y el mechero. No sé por qué, pero ellos comprendieron que yo no era como los ingleses, y yo vi en ellos irlandeses auténticos con la piel oscura. Volví al barco y llené el petate de jabón, mantequilla, las cosas de afeitarse, un queso de bola que robé en la cocina y todo lo que pude coger. Me llevaron a unas tabernas donde bebimos un vino áspero y duro. Entre gestos y mucha voluntad supe que estaban haciendo algo ilegal. Compraban cosas en la roca y las llevaban a España huyendo de unos guardias muy serios a los que llamaban lechugas. El vino y unas canciones muy tristes que cantaban, como nuestro gaélico antiguo, me empujaron a cargar una mochila con tabaco. Creí que me daría tiempo a volver, pero al amanecer me vi cruzando un río con el agua hasta la cintura y los lechugas disparando a matar. De pronto me di cuenta de que me había metido en un lío. Tardamos más de tres días en llegar a una aldea blanca llamada Munda. Allí entregamos el contenido de las mochilas al que supuse jefe del negocio. Me pagaron lo que yo creí muy poco, pero comprendería con el tiempo que daba para vivir un mes. Al principio lloré por haber perdido el trabajo, el barco, y por encontrarme en un sitio extraño con una lengua que no entendía y rodeado de gente ruda y pobre. Pero me dieron casa y comida, y al cabo de una semana todo el pueblo me conocía, me invitaban y me enseñaban sus hogares y su lengua. Hicimos más viajes a Gibraltar donde mi inglés venía muy bien para trapichear con los productos que faltaban en España. Íbamos en grupos de cuatro a seis hombres, con mochilas vacías que cargábamos con jabones y cualquier cosa que hubiera al otro lado de la frontera. El viaje duraba una semana entre ida y vuelta, siempre con el peligro de cruzar el río Guadiaro donde los lechugas esperaban sabiendo que volvíamos cargados. Ellos lo hacían por necesidad y yo por un sentimiento romántico de aventura. Fue una época maravillosa, por la mañana desayunaba con un sol como los que salen en la tele. La gente era pobre como lo era la vieja Irlanda, pero llevaban encima algo especial porque vivían como si fueran ricos. Y yo me sentía parte de ellos. Cuando calculé que el Four Seasons llegaría a Londres tuve que empezar a pensar algo. No podía regresar a Kinsale sin nada. La gente me veía triste y me daba pasas y

vino dulce. La última vez que traje contrabando nos cogió una tormenta casi cerca de Munda, y pernoctamos al pie de un monte. Los rayos iluminaban el pico y a cada resplandor una cruz se aparecía en todo lo alto. Notaron que me estaba asustando y me explicaron que allí había efectivamente una cruz de metal. Por eso los rayos aterrizaron allí. Luego, en el calor de la lumbre, me contaron la leyenda de unos marineros que juraron llevar una Cruz a ese monte por haberse salvado de un naufragio. Encontré la historia perfecta para lo que me había pasado, el capitán no se molestaría por un irlandés de menos. Y en Kinsale nadie iba a preguntar por el Four Seasons. El dinero de la herencia también vino de España, hace tres años murió el Ojeto, había puesto a mi nombre una finca que compró con el dinero del contrabando. Ha estado a mi nombre desde el día que llorando me llevaron a Málaga donde cogí un tren hasta Bilbao. Era un fugado anarquista perseguido por Franco y no podía tener propiedades. Nunca tuvo familia y fue mi amigo y maestro en el tiempo que pasé allí. Hace dos años el ayuntamiento de Munda me escribió a la oficina de correos de Killmallock. Alguien quería la finca para un campo de golf. El resto ya lo sabéis. Por lo menos os queda el dinero. Yo he vivido siempre con la pena de no volver a ese sitio tan maravilloso que me dio la mejor época de mi vida. Ve allí, busca la Cruz y sube andando como dice la tradición. ¿O prefieres que el borracho que lleva la parroquia se quede con el dinero? Espero que lo hagas o la maldición os va a perseguir hasta el último de los O'Neill. Busca el sitio y lleva a tu abuela a vivir allí, le prometí cada año que le enseñaría una Irlanda luminosa. Ahora eres tú quien lleva la Cruz. No descanses hasta lograrlo. Recuerda que eres un O'Neill, hazlo por la memoria de tus tíos y tu padre.

Tu abuelo Patrick. PD: Bébetete una guines a mi salud en el pico. Lo de rezar es cosa tuya".

Al terminar de releer la carta lanzó otro juramento. Desde luego el viejo la había liado bien. Pero la herencia merecía la pena. Bajó al bar y empezó a prepararse. Lo primero comprar un mapa y alquilar un coche. Y nada de emborracharse otra vez con compatriotas colorados. Mientras almorzaba una paella negra que no había pedido estudió la carretera de la costa hasta Gibraltar. Leyó unas guías para turistas y buscó los montes más altos. Se encontraba en Benalmádena, en un hotel lleno de no españoles y el taxista lo había registrado por una semana. Tenía un billete abierto de regreso a Dublín y un adelanto del notario en su tarjeta de crédito. Tampoco estaba tan mal. En la recepción le indicaron el monte más alto, y para su sorpresa había un funicular. Se dijo que era fantástico, así que decidió dejarlo para la mañana siguiente. Reservó el billete para las nueve de la mañana y se fue a buscar algo de beber.

Cuando el recepcionista lo despertó sintió un trueno en el cerebro. Estaba vestido al lado de un cuerpo rojo como una gamba. Olía a alcohol y tabaco, y descubrió que el techo se le venía encima dando vueltas. Alcanzó el báter justo para vomitar. Otra vez se había emborrachado. Sólo recordaba la playa, una cosa llamada sangría y una pelea en un billar con unos ingleses. ¿Dónde estaba que no había visto a ningún español? Tenía sangre en la boca y en los nudillos. ¿Y quién era ésa durmiendo en su cama? En la ducha recordó lo del funicular. Corrió al aparcamiento, se metió en el coche por la derecha pero no encontró volante. Se cambió al otro lado. Metió una marcha y llegó justo a tiempo cuando se cerraban las puertas. Le dolía todo. Unos niños chillaban y el calor le hizo tragarse una arcada. No vio nada durante el trayecto y al bajarse de la cabina se encontró con un chiringuito que ofrecía la asquerosa sangría con unos cilindros aceitosos llamados churros madrileños, y un montón de turistas sacando fotos. Miró la costa y se mareó. Preguntó por una cruz y se rieron de él en español. Para colmo se acordó de que ni llevaba la guines ni podía cumplir la promesa en un funicular.

Empezó a pensar que la cosa no iba a ser tan fácil. Bajó, esta vez contemplando el paisaje, y se dijo que no podría lograrlo si seguía emborrachándose. Lo único que aprendió ese día fue la palabra que le enseñó el aparcacoches: siesta. Ya no estaba la mujer colorada. Durmió hasta la noche y decidió que haría la misma ruta que hizo su abuelo en el 58. Recorrería la costa desde Gibraltar.

Abandonó el hotel al otro día. Ya se manejaba bien con el volante a la izquierda y llegó a la colonia al mediodía. Se encontró en Inglaterra. Era como si estuviera en un pueblo inglés: mantequilla de cacahuete, Marks Spencer, Pubs, libras. . . pero nadie conocía la Cruz. ¿Contrabando? Por supuesto, podía comprar hachis, cocaína, abrir cuentas sin impuestos, pero allí no había cruces católicas. Decidió subir al Peñón por si su abuelo no se había enterado bien del sitio. Un mono le meó encima. Estaba empezando a cabrearse con su abuelo y con los ingleses que lo trataban con arrogancia. Enseguida descubrían su acento. ¿Dónde estaban los amables españoles que su abuelo contaba? Por la mañana cruzó la frontera sin ni siquiera desayunar. La carretera era de espanto, la gente adelantaba como si fueran de fórmula uno. Tocaban el claxon por nada y muchos le chillaban. De pronto vio algo que le llamó la atención: Guadiaro. Ese era el río que su abuelo cruzó muchas veces con el contrabando. Donde los lechugas los esperaban para dejarlos pasar por unos paquetes de tabaco o unas colonias para sus mujeres. Paró en un bar lleno de camiones. Por primera vez los letreros no estaban en inglés, y sorprendentemente los precios eran más bajos. Intentó hablar con el camarero y le dibujó un monte. El hombre le señaló un pueblo, Estepona, y un monte: Los reales. Pero no sabía nada de una cruz. Desayunó como no lo había hecho desde que estaba en España y se puso contento. Cuando pagaba el camarero le marcó en el mapa otro sitio y entendió "very especial, especial, very famous". Lo escribió: Puerto Banús. Salió del bar y se dirigió al río, era demasiado profundo y ancho como para que un hombre lo cruzara con una pesada mochila, ¿le habría también mentido su abuelo sobre eso? La carta empezaba confesando que era un mentiroso, ¿y si todo era una patraña por divertimento? Cuando iba a meterse en el coche dos motoristas aparcaban sus grandes BMW, vestían de verde. ¿Serían esos los lechugas a que se refería su abuelo? Resultaba un nombre extraño para unos policías. Sacó rápidamente su diccionario de frases hechas y se dirigió a ellos.

- Perdona amigo, ¿tú eres un lechuga?

Acabó en la comisaría de Estepona. Hasta las 9 no llegó el traductor que a duras penas logró convencer al sargento de la Guardia Civil de que no era otro inglés borracho y de que estaba buscando una cruz. Lo dejaron libre de madrugada, sin cargos, con el sargento gritando que lechugas eran los muertos de su muy santa familia. Frase que el traductor no supo expresar por más que el sargento ordenaba que se lo dijera. Tuvo que dormir en una pensión sin llegar a entender qué había hecho mal. Pagar un taxi hasta su coche y buscar el monte de Los Reales. Ahora cuando veía un uniforme verde se ponía tenso, desaceleraba y prestaba mucha atención a los intermitentes. Empezaba a actuar como un auténtico español. En el alto de Los Reales tampoco estaba la Cruz y nadie la conocía. Le indicaron otra montaña muy alta al este, y además quedaba justo enfrente de Puerto Banús.

Patrick O'Neill entendía por puerto un recinto donde atracaban los barcos, lleno de marineros y pescadores. Aquello era. . . no sabía muy bien qué era. Parecía la torre de Babel, rusos, japoneses, árabes vestidos de árabes, africanos, suecos. . . Coches como en la películas de James Bond, yates donde la gente bailaba con martinis, mujeres medio en cueros,

adolescentes enseñando los calzoncillos, camellos ofreciendo pastillas. . . Se alegró al ver un pub irlandés, y había auténtica guines negra de barril. Entró por la tarde, pasó la noche, cuando se estaba mareando un compatriota le vendió una pastilla que le hizo sentirse mejor. Llegó el día, se fue con los que le vendieron la pastilla a otro bar que llamaban after. Compró otra pastilla, pasó la tarde, lo echaron del bar cuando cerró. Le contó el viaje que estaba haciendo en busca de la Cruz a una muchacha eslovaca. Ella le dijo que la auténtica cruz estaba en su casa, se fue con ella, pagó no sabía qué con la tarjeta de crédito. Abrieron una botella de champán y aparecieron más eslovacas. Todas eran muy amables y cariñosas, se reían mucho y decían mientras lo besaban: "la cruz, la cruz, lacruz, cruz, cru-cru-cru". Se durmió en una cama inmensa de raso rojo, moviéndose como si él mismo estuviera en una colchoneta de piscina. Lo despertó la señora de la limpieza que lo acompañó a la puerta del chalet, no había llamado a ningún taxi pero allí había uno. Pidió que lo llevara al aparcamiento del Puerto. Estaba sudado, le dolía la nuca y parecía que tuviera un tambor electrónico en el cerebro. Recorrió varias veces la desolada superficie del aparcamiento hasta que tuvo que admitir la evidencia que su cabeza tardaba en aceptar: el coche no estaba. Bajo un sol de barbacoa anduvo hasta la parada de taxis. Cuando lo vieron con la camisa fuera, apestando a juerga y con una mochila casi vacía le pidieron el dinero por adelantado. Sólo tenía la tarjeta. Como un vagabundo alcanzó la carretera, y venciendo una vergüenza de hombre honesto tuvo que pedir monedas. Se escondió en el último sitio del autobús, la gente lo miraba. Agachó la cabeza y se le saltaron las lágrimas. Al instante dejó de apretar y lloró como cuando era niño.

El autobús lo dejó en el centro de Marbella. Cuando bajó se encontraba mejor. Había soltado parte de su rabia y comprendió que había estado haciendo el ridículo desde que se cogió el avión. No iba a poder cumplir la promesa. Era imposible contactar con españoles. Había estado por primera vez en su vida en un calabozo. Le habían robado el coche. Las tres noches en Banús casi habían agotado la tarjeta. Estaba cansado, harto de tanta borrachera y noches sin dormir. Tenía la impresión de que todos se reían de él, y el primero su abuelo. ¿Es que nadie trabajaba en España? ¿Cuándo dormían? Y tanta cruz lo tenía harto. Nadie conocía la historia, nadie era católico y nadie le prestaba atención si no era para venderle tonterías. Rellenó los papeles sobre el robo del coche en la agencia de alquiler, tendría que ir a la policía más tarde. Se acordó de los lechugas verdes y se puso blanco. Encontró una pensión y pudo descansar. Durmió hasta la mañana siguiente de un tirón.

Lo despertó el canario de la dueña. Desayunó en un patio de cal y buganvillas con los cantos del pájaro. Pudo practicar el saludo en español con nativos que le sonreían mientras le daban instrucciones sobre como restregar el ajo en las tostadas. Al terminar se encontró de otro humor y se fue a dar una vuelta. Callejeó por el casco antiguo intentando ordenar sus ideas. Vio muchos restaurantes de turistas pero estaba harto, quería un sitio normal de españoles. Se metió en un callejón estrecho y encontró un bar como la calle: El Estrecho. Se asomó antes para no entrar en otro pub de turistas. Estaba fresquito y había muchas tapas raras. No había nadie hablando su idioma. Pidió una caña y el camarero le preguntó algo. Sólo entendió "tapa". Dijo que sí con la cabeza y le señalaron para que eligiera. Los boquerones estaban buenísimos, el hombre le explicó que eran crudos. Eso no le gustó tanto. Hablaba un inglés simple, pero era amable y se encontró entablando una conversación. Se sentó y decidió que lo mejor sería abandonar. No podía estar continuamente de vacaciones buscando algo que probablemente era otra mentira de su abuelo. Regresaría y expondría a la familia las cosas tal como eran. Y si su abuelo no descansaba en el otro mundo mucho peor para él, por mentiroso. ¡O mejor aún! Mentiría también. Diría que efectivamente había encontrado la Cruz, había

rezado, se había tomado una guines en la cumbre y asunto liquidado. Total, él no era creyente. Su familia no se enteraría nunca y podrían cobrar la herencia. De pronto se sintió mejor. Pidió otra caña y otra tapa. Le remordió un poquito la conciencia pero pensaba apagarla con unas cuantas cervezas más. Fue al servicio con una sonrisa satisfecha en la boca. Cuando salió vio en las paredes fotos en blanconegro de otra época. Un faro. Un muelle de hierro. Un guitarrista. De pronto el corazón le dio un vuelco. La miró otra vez, más cerca. Era la misma foto que su abuelo enseñaba en Kinsale. Un grupo de hombres y mujeres antiguos posando. Detrás de ellos, en el centro, una Cruz con los brazos huecos. Buscó su copia en la mochila. Era la misma foto. Pero en esta el pie era diferente: "Momento de la restauración de la Cruz de Juaná. 3 de mayo de 1948, foto González". La comparó en todos los detalles, idéntica excepto en el pie. Su abuelo había arrancado la página del libro del doctor Maíz y había rascado la fecha hasta eliminarla para adaptarla a su historia. El muy listillo se paseó por todos los pubs de Kinsale con otra de sus mentiras. Contó el grupo desde la izquierda, en la copia de su abuelo casi no se distinguía la cara del sexto hombre; en ésta, mucho mejor conservada, era evidente que ése no se parecía en nada a su abuelo. Descolgó la foto y se la mostró a Alfonso, el dueño de El Estrecho. Quedó sorprendido de que un guiri tuviera la misma copia, y le contó la leyenda. Efectivamente fue llevada por unos marineros que en el siglo XVII se salvaron gracias a la Providencia, la Cruz estuvo allí hasta que en 1936 fue quemada por los anarquistas que expoliaron todo símbolo de la iglesia. En 1948 las juventudes Católicas la restauraron y renovaron la tradición de subir en mayo. "Ven" le dijo. Lo llevó a la plaza y le señaló el norte. "Allí está, todavía hay gente de ese grupo en la foto que vive". Por fin tenía una pista, existía y alguien conocía la historia. Alfonso le dijo quien lo podría llevar. "Es un buen amigo mío, me vende las aceitunas y habla inglés, pero es un poquillo raro. Ven esta noche y yo lo llamo"

Paco Machuca apareció, lo llevó por no se sabe cuantos bares y se comprometió a subirlo. "Pero te digo una cosa mu clara. Subimo por Puerto Rico que es como dijo tu abuelo, na de coche ni tonterías. Y una cosa mu clara, lo de los católicos y el rollo del 36 mentira tó. Yo soy anarquista de vocación. Por tres rasones: la primera, si dios es tan bueno y tan perfesto, por qué puso la espinilla de la pierna delante, que es donde nos damos tó los golpes, y puso lo blandito detrás, eh. La segunda razón: si la naranja es la fruta que más quita la caló por qué la puso que creciera en verano, eh. La tersera, si dios existe y no hase ná, qué mas da que exista o que no exista. jeh!. Y la cuarta: ¿pa qué nos ha mandao al diablo a Marbella?"

Patrick no entendía nada, el hombre hablaba buen inglés, pero no captaba lo del anarquismo con las naranjas y lo de pierna, y mucho menos lo del diablo. Pensó que era raro, sí, pero era su único guía. Además, encontraba su acento sumamente extraño, como el inglés de los negros sureños.

"Y otra cosa mu clara, to la historia de los marinos es mentira. Que yo me he leído tos los libros de don Fernando Alcalá, cronista de la ciudad; las Conjeturas de Marbella por Vázquez Clavel; la obra del doctor Maíz, médico insigne que me salvó de una mala fiebre; las tesis de la doctora por historia doña Lusía Prieto; y to lo publicao sobre Marbella. Y en ningún sitio aparese que allí hubiera una cruz hasta que la pusieron los fachas ésos de las Juventudes Católicas. Lo que pasa es que estaban aburríos y tito Paco, Franco, se inventaba cosas de la iglesia. Así que yo te llevo allí, y me bebo la servesa ésa contigo, pero de resá ni mijita. O tú te crees que los anarquistas no tenían otra cosa que hasé que subí allí arriba con la caló a quemá una cruz. Y que nadie la ha visto, que yo lo tengo mu hablao ésto con los viejos de Ojén y la primera cruz apareció con los fachas ésos, ea. Además, si la quemaron en el 36, por qué

esperaron hasta el 48 pa poné otra, eh. Dose año son muchos años, tú. Mañana te espero en el Bar Bartolo, por debajo del Estrecho, pa desayuná. Ala, a dormí con la cabeza fría y los pies calientes. "

A las ocho salieron del Bartolo con la boca limpia por el anís bravío. El irlandés disfrutó el pan con manteca y el jamón con aceite. Aunque dijo que la mantequilla de su país era mejor. Paco tradujo la frase en voz alta para que los que estaban desayunando la escucharan. Se inició una discusión española donde todo el mundo se le acercaba para chillarle algo, para que entendiera mejor el español le gritaban fuerte, silabeando las frases y acercándose mucho a su oreja: "Que la-man-te-qui-lla es más ma-la quel a-cei-te", "En Ir-lan-da las va-cas están lo-cas". Paco se reía, y Patrick entendió que aunque movieran mucho las manos y hablaran alto había una cierta camaradería. Uno de ellos con una copa de aguardiente en la mano se le acercó y le preguntó muy lentamente, como si fuera subnormal, que si en su país había anís. Así que tuvo que probar primero el dulce, luego el seco y después el pacharán. Paco tuvo que cortar explicando lo que iban a hacer y brindaron por su abuelo como si lo conocieran desde chicos. Pensó que era muy buena manera de empezar la caminata. Desde que dejaron atrás el estrecho callejón San Lázaro Patrick empezó a disfrutar de la enorme cantidad de datos que Paco le ofrecía. " Mira tú esta Plaza de los Naranjos, era de palmeras, pero por lo visto a la amante del Corregidor le daban alergia las flores de los dátiles y las mandó talar. Esa fuente es de los primeros alcaldes católicos, la pagó don Pedro de Villandrado en 1504. Y pa gracia la mentira de la placa esta. Dise que Marbella cayó el 11 de junio de 1485 y por eso se celebra la feria ese día, que es el día del patrón. Pero es otra mentira de la historia. Cuando lleguemos arriba te lo explicaré. Venga, que estás lento con el anís"

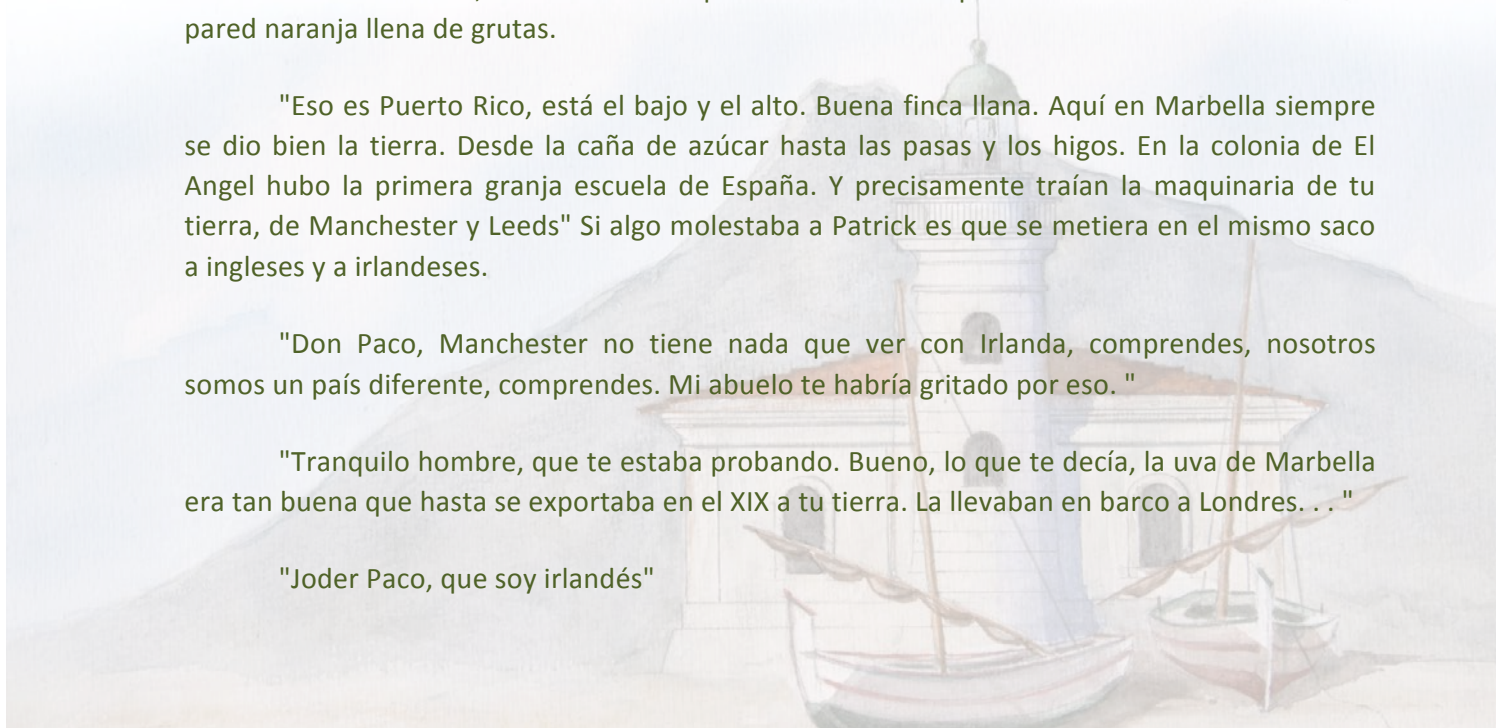
Fueron callejeando a buen ritmo hasta dejar el centro. Pronto se encontraron en el camino de la Montúa y perdieron las últimas casas. Como si lo llevara en los genes Patrick empezó a disfrutar de los olores que le contara su abuelo. Frente al verde mojado de su isla el tomillo y el romero parecían pobres. Pero había una belleza extraña en esas matas, unos aromas escondidos y una luz que no se daba allí en Kinsale. Aquí la tierra era seca y caliente, ocre y pedregosa, con un sabor salvaje y agreste que enriquecía su misión. Pronto estuvieron sin referencias urbanas, en un camino salpicado de arbustos que subía directamente hacia una pared naranja llena de grutas.

"Eso es Puerto Rico, está el bajo y el alto. Buena finca llana. Aquí en Marbella siempre se dio bien la tierra. Desde la caña de azúcar hasta las pasas y los higos. En la colonia de El Angel hubo la primera granja escuela de España. Y precisamente traían la maquinaria de tu tierra, de Manchester y Leeds" Si algo molestaba a Patrick es que se metiera en el mismo saco a ingleses y a irlandeses.

"Don Paco, Manchester no tiene nada que ver con Irlanda, comprendes, nosotros somos un país diferente, comprendes. Mi abuelo te habría gritado por eso. "

"Tranquilo hombre, que te estaba probando. Bueno, lo que te decía, la uva de Marbella era tan buena que hasta se exportaba en el XIX a tu tierra. La llevaban en barco a Londres. . . "

"Joder Paco, que soy irlandés"



"Vaaa, hombre, qué mas da. Bueno, te decía que era famosa. Salvador Rueda la cita en su novela *El salvaje*. Era un escritor mu costumbrista y en una poesía que le hizo a Baco, el dios del vino aparece nuestro pueblo. Te la voy a desí porque pa Baco no soy anarquista yo, ahí tengo yo lo que se dise una esepsión de consiensa:

*Y en la frente gentil de la corona
puesto de honor irradien su belleza,
la que en sus viñas celebrada cría
la andaluza y prolífica Marbella.
De suelo generoso como Chipre,
de cielo esplendoroso como Atenas,
y cuyo dulce nombre "marvellies"
encanto es del oído y de la lengua.*

Así transcurría la subida entre anécdotas y puyazos de Paco que habiendo encontrado el punto flaco del guiri, no paraba de confundir Irlanda como otra provincia británica. En una de estas Patrick dijo: "Mira Paco, te voy a contar una adivinanza. ¿Cómo puede un Español llegar a Inglaterra sin salir de Andalucía? A ver, tú que sabes tanto, responde." Paco intuyó alguna trampa, quizá no tendría que haberse metido tanto con el asunto de la identidad irlandesa. Intentó sortear el problema.

"Uh, qué caló está hasiendo. Mejó subir sin hablá, que cansa menos".

"¿Qué? Si quieres paramos para descansar" "No lo sé, j y no se puede coño!. Pa ir a Inglaterra hay que dejá Andalucía y punto." "Pues yo estuve el otro día en Gibraltar y me sellaron el pasaporte". "Bueno, va, ya está bien. Ya he captao el consepito. " Si a Patrick le daba coraje su broma, a Paco le repateaba lo de la colonia. Nunca había pisado la roca y juraba que no lo haría hasta que no celebraran corridas de toros a la vera del Peñón. El camino se hizo más estrecho, con un suelo de arena blanca por la descomposición de las calizas. Y así alcanzaron el alto del Mirador, desde allí contemplaron toda la costa y el valle serpenteante que habían recorrido, con el llano verde de Puerto Rico como un green de golf. Se respiraba un aire puro y Patrick se puso nervioso, vio al frente la inmensa mole gris, y por primera vez tuvo conciencia de que podía conseguirlo. Estaban al pie de Juanar, y sintió que aquel cono de piedra podía cogerse con sólo alargar la mano. Era como cuando de niño te acostabas esperando los Reyes. Entraron en un bosque de pino donde no se veía el cielo, ya no se acordaba del hotel en Benalmádena ni de los pubs con turistas borrachos. Aquéllero era otra cosa, ¿cómo estaba tan ahí cerca ese paisaje maravilloso y la gente no se movía de las playas? Seguía a Paco disfrutando de cada roca, de una mata de romero que se restregaba en la mano, de la aparición imprevista de una cabra salvaje. Empezó a pensar en su guía con respeto, y se dijo "me cae bien". Atacaron un sendero con una pendiente empinada por detrás del monte. A veces jadeaba. "Ya estamos a unos 900 metros" le explicó Paco. Eso era casi la altura máxima en su país. Se volvía para mirar lo que había subido y notaba un pataleo en su pecho, mitad de esfuerzo, mitad de excitación. Paco sorteó unas grandes rocas girando a la izquierda. Tuvo que usar sus manos. Lo perdió de vista un momento, pero escuchó su voz. "Venga, que ya estamos". Y de pronto se acabó la subida. Antes de darse cuenta de que habían alcanzado la cumbre la vio. Idéntica a la foto. Negra, llena de velas y cera, con los brazos huecos, con el cielo de horizonte. Abrazó a Paco y empezó a decir gracias en español. No lo soltaba, sonaba como

"muchas gracias, oh, mi amigo, muchas gracias, oh" Se le humedecieron los ojos y de repente recordó que no había llevado la guines.

"Toma vino, cómo te va a bebé una servesa caliente aquí. Seguro que es hasta mejó pa lo de tu abuelo. Mira, mientras tú resas me voy a sentá"

Patrick no sabía rezar. Cogió el teléfono y a miles de kilómetros su abuela Joanne recibió la llamada. "Abuela, lo tengo, está aquí y es maravilloso. El abuelo no mintió, es como lo contaba. El cielo es diferente, y . . . haz la maleta, vente. Tienes que venir, como quería él".

Al colgar se secó las lágrimas con la manga. Fue a sentarse con Paco mirando al sur. "Eso es Africa, donde casi naufraga tu abuelo. Gibraltar, ¡español!, eh. Sierra Bermeja. La Concha. Torrecilla, el pico más alto de Málaga, donde nace el agua de la Costa. Sierra Nevada. Torre Ladrónes. La Butibamba, antigua posta de diligencias. Faro de Calaburras. Málaga. . . y hasta donde te llegue la vista. La historia local dice que desde aquí divisó Marbella Fernando el Católico, el 10 de junio de 1485. Y que al otro día bajó con sus tropas hasta tomar la ciudad, Mohamed Abuneza, último alcalde árabe le entregó las llaves en la Cruz de Humilladero. Pero como ves, aquí no pudo llegar el rey con su caballo ni menos con sus tropas. No hay caminos para eso. Queda romántico, como la leyenda del nombre "Marbella" que dicen fue puesto por la reina Isabel cuando contemplaba junto a su dueño la costa. La verdad es más simple y menos bonita. Los musulmanes escribieron al rey ofreciéndose como vasallos, y el rey esperó en Arcos de la Frontera invitado por el Marqués de Cádiz. El 15 de junio entregaron las llaves y las casas para que fueran repobladas por cristianos viejos. Y el rey celebró la campaña en Córdoba. Ese debería ser el día del patrón San Bernabé, y no el 11."

A Patrick le gustaba más la versión popular. Pensó en la leyenda de su abuelo se dijo que tampoco había hecho tanto daño. Al fin y al cabo la gente de Kinsale se sentía contenta con la historia y con su Cruz. Y ahora ellos eran ricos. Se puso de pie sobre el precipicio que da al sur y se imaginó que era el Rey Católico sobre su caballo contemplando el mar: "Mañana conquistaré Marbella".

Volvió con Paco sintiéndose feliz, había cumplido su misión. Quizá lo único importante que había logrado en su vida. Allí a lo lejos habría estado el Four Seasons luchando contra la tempestad como un palillo de dientes en una catarata. Vio a su abuelo con un impermeable amarillo entre las olas. No se lo imaginaba como contrabandista porque ésa era la historia que él conocía. Un abuelo pelirrojo con un bigote blanco de espuma de cerveza negra. Pensó que era hora de cambiar de vida.

"Sabes Paco, creo que no voy a volver. Al fin y al cabo España me ha dado el dinero, ¿no?. Y en realidad esto es como Irlanda, pero sin verde. Tú puedes enseñarme español. " Paco llenó los vasos, hinchó el pecho abriendo mucho los brazos. Se subió a la roca más alta y apuntando el vino al sol le gritó a la mar: "Mañana serás mía"

José Prieto Borrego

Es profesor de lengua y literatura en bachillerato y ha trabajado como actor de teatro.